**Sábado de oración – 10 de septiembre de 2022 – Los buenos frutos**

*P. Sergio García, msps*

**Señor Jesús, la naturaleza fue para ti maestra de la vida. En este día tu palabra recurre a los benditos árboles que dan buen fruto. “*Cada árbol se conoce por sus frutos” (Lc 6, 43-49).***

**Veo frente a mi habitación de Casa Conchita varios árboles y me pongo a la tarea de analizar los frutos buenos que dan. Desde luego dan al paisaje una hermosura que les es propia; para muchos pajarillos son cobijo y abrazo, detienen el fuerte viento que pueda azotar a la casa, sus troncos son recio material para la construcción de muebles, son de una variedad increíble que dan armonía a la hermosa naturaleza, hacen pensar que donde no están ellos el desierto es terrible, pero respetable y si son árboles frutales pues dan alimento sabroso y variado.**

**Nadie da lo que no tiene, dice el refrán y el tener y el dar van de la mano para la existencia sana del hombre. Esto me hace pensar que no es lo mismo individuo que persona: el ser humano como individuo recibe lo que necesita para subsistir; el ser humano como persona da para alegrar la vida de los demás. En cuanto individuos, recibimos; en cuanto personas, damos.**

**Tú, mi Señor Jesús, eres como el árbol frondoso que da cobijo, sombra, armonía, y el sabroso fruto de la Eucaristía y de la salvación.**

**Sigue diciendo tu palabra: “*El hombre bueno dice cosas buenas, porque el bien está en su corazón, y el hombre malo dice cosas malas, porque el mal está en su corazón, pues la boca habla de lo que está lleno el corazón”.***

**Jesús, en este espacio de oración, quiero reconocer que me llamaste al ministerio sacerdotal para que diera cosas buenas, la que tu bondad ha ido depositando en mi corazón y se han quedado ahí para repartirlas a su tiempo. Una de esas cosas buenas es la oración, el aprendizaje y la práctica de poder hablar contigo, de querer servir a mis hermanos, de compartir vida y amor y así realizar tu proyecto de Reino.**

**Y esto que has hecho en mí, Jesús, lo has realizado en primer lugar por el amor de mis padres que me dieron la vida y me enseñaron a amarte, que me dejaron en libertad para seguirte en esta hermosa vocación sacerdotal a pesar de la corta edad que tenía cuando fui llamado.**

**Ante los comentarios de muchas personas familiares amigos que me decían, y no sin razón, que no sabía lo que hacía, que no sabía nada de la vida, que no era consciente de lo que me esperaba y, sin embargo, pusiste en mi boca unas palabras que seguramente escuché en alguna homilía: “*Sé en quien me he confiado” (Tim 1, 12).* Creo yo, mi Jesús, que es la base de mi vocación.**

**Pero no es de mí de quien quiero hablar, sino de ti. Si lo he hecho es porque me considero como un fruto de la acción de tu Espíritu Santo.**

**El evangelio supone una obra de discernimiento haciéndonos una pregunta: mi vida ¿es árbol bueno?**

**Tengo que arriesgar para hacer un buen discernimiento porque el fruto de un árbol es lo último que brota de él. El que no arriesga no gana, el que arriesga en tu nombre, como los pescadores al lanzar su red, ganaron y vieron el fruto de su obediencia y de la confianza en tus palabras.**

**La oración alimenta el discernimiento, la decisión sobre una vocación supone arriesgar, pero en tu nombre, Jesús y tú mismo harás que esa decisión y esa vida dé frutos buenos de amor, paz, alegría, trabajo, solidaridad, perdón, ofrenda, entrega al servicio de los demás.**

**Orar es vivir firme como los buenos árboles para dar buenos frutos. Me iré consumiendo, pero bien vale la pena. Tus momentos de oración, Jesús, fueron la base de tu pastoral evangelizadora. ¡Qué hermoso es imaginar tu oración puesto bajo la mirada amorosa del Padre!**

**Gracias, Señor Jesús, por este nuevo sábado de oración compartida y vivida, siendo y haciendo posible tu plan de salvación. Amén.**